

Neofundamentalismo

*Olivier Roy**.

Director de Investigación, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris.

Más de 20 años después del éxito de la revolución islámica en Irán, la ola de radicalismo islámico que ha sumergido al Medio Oriente desde finales de la década del 70 está tomando un curso diferente. Los movimientos islámicos dominantes pasaron de la lucha por una comunidad musulmana supranacional a una especie de nacionalismo islamita: buscan reconocimiento pleno como actores legítimos de la escena política nacional, y han dejado totalmente de lado la agenda supranacional que fue parte de su ideología. Por otro lado, la política de reislamización aplicada por varios estados, incluso los seculares a fin de debilitar a la oposición islámica y de recobrar cierta legitimidad religiosa no ha tenido éxito. Ha generado una nueva forma de fundamentalismo islámico, ideológicamente conservador, pero, en ocasiones, políticamente radical. Este neofundamentalismo está totalmente desvinculado de la política y estrategias de los estados. A primera vista, tiene una visión menos política si lo comparamos con los movimientos islámicos cuya preocupación está más ligada a la aplicación de la shariat (ley islámica) que a la definición de un verdadero estado islámico. Si bien el movimiento es básicamente un fenómeno sociocultural, también se ha generado una expresión extremista que actúa en redes periféricas esparcidas, tales como la organización Al Qaida, liderada por Osama Bin Laden, responsable de la destrucción del Centro Mundial del Comercio el 11 de septiembre de 2001. En consecuencia, el terrorismo islámico internacional pasó de las acciones financiadas por el estado o acciones contra blancos nacionales a un activismo sin territorio, supranacional y totalmente desarraigado. Sin embargo, el impacto estratégico de estos nuevos movimientos se ve limitado por su

escaso arraigo en la política nacional de los estados. Pero, éste no es el caso de Pakistán ni Afganistán, que son el semillero del fundamentalismo islámico contemporáneo.

“Islamismo” es el nombre comercial que se le da al fundamentalismo islámico político moderno que busca recrear una verdadera sociedad islámica, no sólo mediante la imposición de la shariat, sino mediante, primero, el establecimiento de un estado islámico a través de acciones políticas. Los islamitas no ven al Islam como una simple religión, sino como una ideología política que debe integrarse a todos los aspectos de la sociedad (política, derecho, economía, justicia social, política exterior, etc.). La concepción tradicional del Islam como una religión que abarca todos los aspectos se extiende a la complejidad de una sociedad moderna. De hecho, ellos ven la modernidad en términos de educación, tecnología, cambios en la estructura familiar, etc. Los padres fundadores del movimiento son Hassan Al Banna (1906-1949), Abul Ala Maududi y entre los shiítas, Baqer al Sadr, Ali Shariati y Ruhollah Khomeyni. Tuvieron un gran impacto en la juventud educada, con antecedentes seculares, incluyendo las mujeres. El éxito fue menor entre los ulemas tradicionales. Los islamitas consideran que el Estado Islámico debería unir la ummah lo más posible, sin limitarse a una nación específica. Dicho estado pretende recrear la edad de oro de las primeras décadas del Islam y sustituir las divisiones tribales, étnicas y nacionales, cuya resistencia es atribuida al abandono, por parte de los creyentes, de las dogmas del Islam o a la política colonial. Estos movimientos no son necesariamente violentos, incluso, a pesar de que por definición, no son democráticos; el Jama'at Islami pakistaní y el partido Refah turco, así como la mayoría de grupos de Hermanos Musulmanes han actuado dentro de un marco legal, excepto en aquellos casos en los que se les impidió tomar acciones políticas, como en Siria.

El estado de los desafiantes partidos islámicos no es un estado abstracto, de alguna manera, tiene sus raíces en la historia y es parte de un paisaje estratégico. Los partidos islámicos en sí son producto de una sociedad y cultura política determinadas. A pesar de afirmar su condición supranacional, muchos movimientos islámicos han sido moldeados por particularidades nacionales. Tarde o temprano, tienden a expresar sus intereses nacionales, aún bajo el pretexto de la ideología islámica. Un análisis de los movimientos islámicos dominantes en la década del noventa, mostró que no consiguieron parecerse en nada a un grupo “islamita internacional”, aún si sus referencias ideológicas siguen siendo similares.

Esta “nacionalización” del Islamismo es aparente en muchos países del Medio Oriente. Hamas desafía a la Organización de Liberación Palestina de Arafat no en puntos relacionados al Islam sino por “traicionar” los intereses nacionales del pueblo palestino. Turabi utiliza el Islam como una herramienta para unificar Sudán, al islamizar a los cristianos del sur y a los paganos. El movimiento “Islah” yemení ha tenido una participación activa en la reunificación de Yemen, en contra de los deseos de su padrino saudí. El Hezbolá libanés está prestando mayor importancia a la defensa de la nación libanesa y ha establecido una relación de trabajo con muchos círculos cristianos. Incidentalmente, ha renunciado a la idea de un Estado Islámico en el Líbano, debido al rol de los cristianos en la definición de la nación. El Partido Refah turco, al acentuar su herencia otomana, intenta afirmar un tipo de modelo neo otomano turco en el Medio Oriente. De igual modo, los partidos radicales shiítas de Irak, como el Dawa’, están dando más importancia a la unidad nacional y están trabajando estrechamente con partidos nacionales no islámicos. El FIS argelino afirma ser el heredero del Frente de Liberación Nacional de la guerra en contra de los franceses, y no tiene sus raíces en Marruecos o Tunicia. Durante la Guerra del Golfo de 1991, cada rama de la organización de Hermanos

Musulmanes adoptó una postura según los intereses nacionales percibidos de su propio país (por ejemplo, la rama de Kuwait aprobó la intervención militar norteamericana mientras que la rama Jordana se opuso rotundamente).

En el escenario nacional, estos partidos trajeron estrados sociales excluidos previamente al proceso político: los mostazafin en Iran (los segmentos marginados de la población urbana); los shiítas en el Líbano; ciudadanos recientes y los Kurdos para los Refah; la juventud urbana en Argelia, horrorizada por la sangrienta represión de octubre de 1988; tribus del norte en Yemen, etc. Al traerlos, han ayudado a arraigar las naciones estado y a crear un escenario político local, que es la única base real para el proceso futuro de democratización. En este sentido, los partidos islámicos, si bien no son democráticos, promueven las condiciones necesarias para una democracia endógena, como es el caso de Irán. La elección de Khatami expresó una invocación a la democracia que es posible sólo porque una revolución popular y profundamente arraigada ha llevado a toda la población a un escenario político común.

Sin embargo una vez que se ha completado el proceso, los movimientos islámicos dominantes, si bien consolidan un distrito electoral estable dentro de su propio país, están perdiendo su atractivo más allá de las fronteras. El Refah (ahora Fazilet) no tiene influencia en el extranjero excepto en la comunidad emigrante turca en Europa occidental, tampoco lo tiene el régimen islámico en Irán. Esta jugada deja el camino libre a más movimientos radicales que descartan la nueva noción de nación estado y que desean recrear la ummah o la comunidad de todos los musulmanes en el mundo. Paralelamente a la creciente disputa política islámica de las décadas del setenta y ochenta, un proceso de islamización conservadora ha penetrado en las sociedades musulmanas, lo que significa, entre otras cosas, más mujeres con velos en las calles y más de la shariat en

las leyes estatales. Esta islamización es una consecuencia de una política estatal deliberada así como de un fenómeno social. Al enfrentarse a la oposición islámica durante la década del 80, muchos estados musulmanes, incluso los estados oficialmente seculares, trataron de promover una marca del Islam conservador y de organizar un "Islam oficial". La primera parte del programa fue todo un éxito, pero el control estatal nunca ha sido efectivo. En todos estos países, el impacto del desarrollo de una red de escuelas religiosas fue el mismo; los graduados con título en ciencias religiosas ahora están entrando al mercado laboral y pretenden, claro está, defender la islamización de la educación y de la ley con el fin de conseguir mejores oportunidades de empleo.

Tres elementos caracterizan a estos grupos (perfectamente encarnados en la coalición Talibán/Osama Bin Laden). Primero, combinan la jihad política y militante contra el Oeste con una definición bastante conservadora del Islam, más vinculada a los dogmas de la doctrina Wahabita Saudita que a la ideología oficial de la República Islámica de Irán. En ningún otro aspecto es su conservadurismo más obvio que en su actitud hacia las mujeres. Mientras los islamitas defendían firmemente la educación de las mujeres y su participación política (siempre y cuando usen un velo y asistan a escuelas de mujeres), los neofundamentalistas pretenden prohibir cualquier presencia femenina en la vida pública. Así mismo, se oponen firmemente a la música, las artes y el entretenimiento. A diferencia de los islamitas, no tienen una agenda económica o social. Son los herederos de la tradición conservadora sunní del fundamentalismo, y les obsesiona el peligro de perder la pureza del Islam debido a la influencia de otras religiones. Hacen hincapié en la aplicación de la shariat como único requisito para un estado y sociedad islámica. La estricta tradición sunní también se levantó en contra del shiísmo. Esta tendencia anti-shiísta fue revivida a fines de la década del 80 como consecuencia de la creciente influencia de la doctrina Saudita Wahabita y dio paso a una guerra civil de baja intensidad

entre los shiítas y los sunitas en Pakistán, lo que en Afganistán se tradujo en una matanza de los shiítas después de la toma de Mazar-i Sharif por parte del Talibán en Agosto de 1998. Pero, además se están tornando en contra del cristianismo y del judaísmo. De hecho, ellos creen que Israel, Estados Unidos e Irán se han unido para destruir al “verdadero Islamismo”.

Si bien los eslóganes antiimperialistas fueron frecuentes en los movimientos islámicos a partir de la década del cincuenta, y el antisionismo político se convirtió en un antisemitismo hace algún tiempo en muchos círculos intelectuales musulmanes (y no necesariamente religiosos), la publicidad contra el cristianismo de los nuevos movimientos Sunnitas es más bien nueva. Los islamitas no estaban en contra del cristianismo; durante la revolución en Irán nunca se registró algún ataque a las iglesias. Los Hermanos Musulmanes Egipcios nunca han tomado medidas severas en relación con los coptos. La concepción que reinaba consistía en que existía cierta base común entre los verdaderos creyentes. Ahora, sin embargo, el término “guerra religiosa” realmente tiene sentido.

El segundo punto es que estos movimientos son supranacionales. Una mirada rápida a la masa de militantes asesinados o arrestados de Bin Laden entre 1993 y 2001 demuestra que, en principio, no tienen raíces, fueron educados en Occidente y han roto vínculos con su familia y con su país de origen. Ellos viven en un mundo global. Claro, los vínculos supranacionales son ocasionalmente posibles gracias a los vínculos infranacionales, como el antecedente étnico común de los Talibán, los Pashtun, el líder de los pakistaníes Jama'at Islami (Qazi Husseyn), la cabeza de una de las ramas del Jami'at Ulama (Senador Sami Ul Haqq de Aqora Khattak) y muchos funcionarios del ISI (el coronel Imad, consejero del Talibán).

Si bien los islamitas se adaptan a la nación estado, los neo fundamentalistas encarnan la crisis de la nación, presionados entre la solidaridad de los infraestados y la globalización. El nivel de estado es eludido e ignorado. A los talibanes no les importa el estado; incluso restaron importancia a Afganistán al cambiar la denominación oficial de “Estado islámico” a “Emirato”. A Mollah Omar no le interesa asistir al consejo de ministro, ni ir a la Capital.

De hecho, esta nueva marca de neofundamentalismo supranacional es más un producto de la globalización contemporánea que del pasado islámico. Emplean dos lenguas internacionales (Inglés y árabe), viajan fácilmente por aire, estudian, se educan y trabajan en varios países, se comunican a través de la Internet y teléfonos celulares; se ven a sí mismos como “musulmanes” y no como ciudadanos de un determinado país. Generalmente, han perdido sus raíces, casi voluntariamente (muchos son refugiados palestinos de 1948 y no de Gaza o Cisjordania; Bin Laden fue despojado de su ciudadanía saudita; muchos otros pertenecen a familias inmigrantes que van de un lugar a otro para conseguir trabajo o educación). Probablemente, es una paradoja de la globalización agrupar redes modernas supranacionales y formas infraestatales de relaciones tradicionales, incluso arcaicas (el tribalismo, por ejemplo, o redes de escuelas religiosas). Incluso, la forma sectaria de sus creencias y actitudes religiosas hacen que los neofundamentalistas luzcan como otras sectas diseminadas por todo el planeta.

**Oliver Roy* es el autor de *The Failure of Political Islam* (El Fracaso del Islamismo Político), *Harvard University Press* (1994), y *The New Central Asia, the Creation of Nations* (La nueva Asia Central, Creación de las Naciones) *Tauris, Londres, 2000*.